

# EL TORBELLINO

Por *Francis Krogman*

JUANITO y José salieron del ómnibus escolar y echaron a andar por el camino que conducía al portón de entrada. Juanita echó hacia atrás los mechones de cabello que le caían sobre la frente húmeda y sopló su rostro encendido para refrescarlo. José caminaba trabajosamente detrás. Indiferente, Juanita abrió la puerta que rechinó, y los chicos llegaron a la casa.

-Espero que adentro esté más fresco -dijo José al abrir la puerta.

- ¡Mamá, llegamos! -anunció Juanita cuando entraron en la cocina.

-No hay nadie en casa -dijo José frunciendo el entrecejo-, pero aquí sobre la mesa hay una nota. Tomó el papel y se dejó caer en una silla.

"Tuve que ir al pueblo con papá -leyó José-. Volveré a eso de las cuatro. En la nevera hay jugo de naranja. Mamá".

-Yo busco el jugo -se ofreció Juanita-. Busca tú los vasos.

-No quiero moverme -refunfuñó José. Pero se levantó de la silla y se dirigió a la alacena.

-José, mira el cielo -le hizo notar Juanita cuando pasó frente a la ventana de la cocina.

-¡Oh! nunca he visto un cielo de ese color. Mira esos nubarrones negros. Da miedo de tan tranquilo que está todo -exclamó José caminando hacia la ventana con los vasos.

-Hace tanto calor que creo que tendremos tormenta. Si no cae una lluvia, nuestra huerta pronto quedará arruinada. Le oí decir a papá que el agua del pozo también ha bajado -comentó Juanita al par que vertía el jugo en los vasos.

Mientras los niños bebían el jugo, entraron sus padres. Juanita buscó dos vasos más y les sirvió jugo.

-¿Notaron esas nubes extrañas? -preguntó Juanita.

-Sí, yo he estado observando el cielo -dijo el padre dirigiéndose a la ventana-. No me gusta la apariencia que tiene, ni esta calma pavorosa. Estoy seguro que se acerca una gran tormenta -y volviéndose hacia la madre, añadió-: ¿Podemos comer pronto?

-Claro que sí -replicó la madre, poniéndose el delantal y recogiendo los vasos.

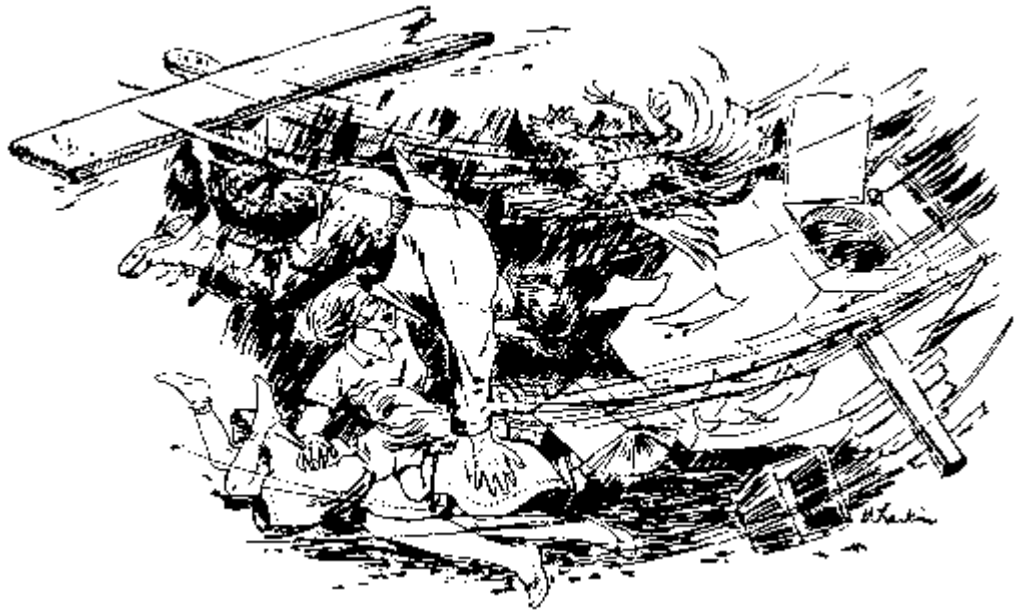
-Yo iré a ver los animales. José, tú recorres la casa y revisas cada ventana. -Asegúrate de que todas estén cerradas y atrancadas.

Y diciendo así, el padre salió apresuradamente de la casa y José comenzó a revisar las ventanas.

La cena pronto estuvo lista, pero cuando la familia se sentó para comer, se hizo tan oscuro que tuvieron que encender las luces. Por alguna razón nadie parecía sentir muchos deseos de comer, y pronto la mamá y Juanita recogieron la mesa y guardaron el alimento. La mamá lavó los platos y Juanita y José los secaron. El padre volvió a salir para revisar el establo y el gallinero.

De pronto un relámpago rasgó el cielo formando una línea serrada. Juanita reprimió un grito. El viento comenzó a soplar. Cada vez soplaba con más intensidad. Las luces de la casa palidecieron y se apagaron. De pronto la lluvia comenzó a golpear con fuerza la casa y el patio. Hacía tanto ruido que nadie oyó cuando el padre entró calado hasta los huesos.

-¡Vayan inmediatamente al sótano! -ordenó-. ¡Digo que vayan ahora mismo!



Los niños lo miraron alarmados. José comenzó a hablar, pero su mano levantada y la expresión de su rostro fueron suficientes para que Juanita, José y la mamá echaran a correr hacia el sótano.

Al trasponer la puerta de la cocina que daba a la escalera del sótano, José echó una mirada por la ventana. El cielo estaba negro, pero había una porción que era aún más oscura; y esa parte formaba un embudo largo que parecía tocar el campo del vecino. Repentinamente se oyó un estampido ensordecedor. José casi quedó pegado al suelo cuando vio los objetos que comenzaban a volar por el aire. El papá lo tomó y lo empujó dentro del sótano y cerró la puerta.

-Vayan allá abajo y quédense allí -ordenó el papá. La mamá se sentó con Juanita y José, teniendo a uno de cada lado. El viento era tan violento que sacudió la casa; los niños escondieron su rostro en el regazo de la madre, al par que ésta se inclinó sobre ellos.

Juanita comenzó a llorar:

-Mamá, ¿moriremos todos? -gimió.

-Escuchen, niños -los consoló la madre-. Pidámosle a Jesús que nos ayude.

-Sí -se oyó la voz del padre-. Aún los vientos y las aguas le obedecen.

"Jesús, te rogamos que nos salves" oró Juanita.

Entonces se oyó el ruido de vidrios que estallaban. La ventana del sótano se hizo pedazos. El padre se tiró sobre la madre y los niños para protegerlos de los vidrios que volaban.

Se oyó un estruendo parecido al que produce el paso de un tren de carga, el cual siguió aumentando hasta adquirir una intensidad ensordecedora. La casa fue levantada de sus cimientos dos metros en el aire, comenzó a volar y de pronto explotó como un petardo, lanzando en todas direcciones muebles,

Segundos después, un viento cruzado pasó como arando entre los escombros, y se abrió paso en dirección opuesta. Luego comenzó a aspirar todo lo que quedaba en el sótano. La estufa se levantó y dio una vuelta. La lavadora subió en el aire y luego cayó, destrozándose. A Juanita se le voló el zapato del pie y al papá se le levantaron las piernas. La mamá lo tomó por la nuca y lo sujetó. En eso cesó el viento y comenzaron a caer tierra, palos, piedras y tablas. Un bloque de cemento cayó sobre la pierna de Juanita y le hizo una herida. Otro cayó sobre la espalda del padre. Felizmente no lo lastimó.

De pronto, todo quedó en silencio. Tanto que nadie se animaba a moverse. Cuando se convencieron de que la tormenta había pasado, lentamente fueron abriéndose paso entre los escombros.

Su casa había desaparecido, los cercos habían sido derribados. Las vacas, los caballos, las gallinas, las ovejas y las cabras habían muerto, pero la mamá, el papá, Juanita y José estaban salvos. Dios les había protegido la vida. No había duda de que él reprende a los vientos, y éstos le obedecen.